Marcela Terrazas Basante

En busca de una nueva frontera Baja California en los proyectos expansionistas norteamericanos, 1846-1853

México

Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas

1995

162 + [4] p.

Mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 25)

ISBN 968-36-4597-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de marzo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital

/libros/en_busca/nueva_frontera.html



DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO III

LA MISIÓN DIVINA Y LA PREDESTINACIÓN GEOGRÁFICA DE LAS CALIFORNIAS

En realidad, la Alta California siempre había constituido un viejo anhelo de los expansionistas norteamericanos. Los primeros contactos entre los Estados Unidos y el México recién independizado de la metrópoli española dan cuenta de este afán. Ya en 1835, el segundo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México, Anthony Butler, había comentado que la cesión de Texas serviría como paso inicial para apropiarse de Nuevo México y Alta California. I

Los estadounidenses, que para esta fecha habían entrado en contacto con la Nueva California eran, en buena parte, mercaderes y marinos y, en su mayoría, estaban involucrados en actividades de comercio marítimo que se realizaba entre los puertos de California y Boston.² Navíos provenientes de Nueva Inglaterra circunnavegaban el Cabo de Hornos para comerciar con manufacturas y comprar pieles. Hacia la década de los treinta, algunos comerciantes yanquis se encontraban establecidos en Monterey y San Diego para dirigir sus empresas desde ahí. "Los informes que enviaban sobre el dorado Oeste, levantaron gran interés en los círculos de empresarios del Este" ³

La codicia estadounidense sobre la provincia mexicana se mostró con singular claridad durante el gobierno del presidente Andrew Jackson (1829-1836). Éste intentó comprar, primero, la parte de Texas que se extiende hasta el paralelo 42°; más tarde, en 1835, se propuso adquirir el territorio mexicano que se extiende hasta el Pacífico. Con este propósito autorizó a su representante Butler para que propusiera a México una nueva línea divisoria que corriera desde el río Bravo hasta el Pacífico a lo largo de cualquier paralelo, siempre que incluyera la Bahía de San Francisco en territorio norteamericano. La administración mexicana rechazó las propuestas, a pesar de que Butler estaba

l Bosch García, Carlos, Documentos de la relación de México con los Estados Unidos (31 de diciembre de 1829-29 de mayo de 1836), v. II: Butler en la persecusión de la provincia de Texas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985. 614 p. (Instituto de Investigaciones Históricas, serie documental, 14), p. 30.

² Robert A. Divine et al., America Past and Present, 2a. ed., Scott, Foresman and Company, Glenview, Illinois, 1987. V. I, p. 355.

³ Idem.



CAPÍTULO III

LA MISIÓN DIVINA Y LA PREDESTINACIÓN GEOGRÁFICA DE LAS CALIFORNIAS

En realidad, la Alta California siempre había constituido un viejo anhelo de los expansionistas norteamericanos. Los primeros contactos entre los Estados Unidos y el México recién independizado de la metrópoli española dan cuenta de este afán. Ya en 1835, el segundo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México, Anthony Butler, había comentado que la cesión de Texas serviría como paso inicial para apropiarse de Nuevo México y Alta California.¹

Los estadounidenses, que para esta fecha habían entrado en contacto con la Nueva California eran, en buena parte, mercaderes y marinos y, en su mayoría, estaban involucrados en actividades de comercio marítimo que se realizaba entre los puertos de California y Boston.² Navíos provenientes de Nueva Inglaterra circunnavegaban el Cabo de Hornos para comerciar con manufacturas y comprar pieles. Hacia la década de los treinta, algunos comerciantes yanquis se encontraban establecidos en Monterey y San Diego para dirigir sus empresas desde ahí. "Los informes que enviaban sobre el dorado Oeste, levantaron gran interés en los círculos de empresarios del Este" ³

La codicia estadounidense sobre la provincia mexicana se mostró con singular claridad durante el gobierno del presidente Andrew Jackson (1829-1836). Éste intentó comprar, primero, la parte de Texas que se extiende hasta el paralelo 42°; más tarde, en 1835, se propuso adquirir el territorio mexicano que se extiende hasta el Pacífico. Con este propósito autorizó a su representante Butler para que propusiera a México una nueva línea divisoria que corriera desde el río Bravo hasta el Pacífico a lo largo de cualquier paralelo, siempre que incluyera la Bahía de San Francisco en territorio norteamericano. La administración mexicana rechazó las propuestas, a pesar de que Butler estaba

l Bosch García, Carlos, Documentos de la relación de México con los Estados Unidos (31 de diciembre de 1829-29 de mayo de 1836), v. II: Butler en la persecusión de la provincia de Texas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985. 614 p. (Instituto de Investigaciones Históricas, serie documental, 14), p. 30.

² Robert A. Divine et al., America Past and Present, 2a. ed., Scott, Foresman and Company, Glenview, Illinois, 1987, V. I. p. 355.

³ Idem.



en disposición de ofrecer atractivos incentivos particulares, amén de los propuestos por el gobierno federal.⁴

Durante la década siguiente, las administraciones norteamericanas acrecentaron su avidez sobre Alta California. Mucho tuvieron que ver con ello las descripciones de los diarios norteamericanos que pintaban la región como un nuevo Edén, o ensalzaban sus posibilidades comerciales. Por otra parte, la apertura de cinco nuevos puertos libres en China, en virtud del Tratado Cushing, incrementó el valor del Puerto de San Francisco por su conveniente situación en el Pacífico.⁵

La posesión de la bahía y el puerto de San Francisco reviste una importancia capital para los Estados Unidos. Las ventajas que derivarían de semejante adquisición son tan colosales que el enumerarlas aquí implicaría una pérdida de tiempo. Si todas ellas se volvieran contra nuestro país, mediante la cesión de California a Gran Bretaña, nuestro principal rival en el comercio, las consecuencias serían desastrosas.⁶

señaló el presidente James Polk a John Slidell, expresando, de esta manera, no sólo el gran interés de su administración sobre la región, sino el temor de que Inglaterra también deseara el dominio de la zona.

El recelo de Polk sobre los designios ingleses en Alta California era compartido por la generalidad de los expansionistas norteamericanos de la época, que nutrían las filas tanto del partido demócrata —al que pertenecía Polk— como de los whigs. Daniel Webster, partidario de éstos últimos, opinaba que el valor del puerto de San Francisco era veinte veces mayor que todo Texas. Whigs y demócratas compartían el interés por la provincia mexicana, sólo que los primeros se inclinaban a ocuparla en forma menos directa que los segundos.

Las informaciones que posee este departamento inducen a temer seriamente que tanto Gran Bretaña como Francia alimentan designios sobre California. Usted encontrará la opinión del gobierno de los Estados Unidos al respecto de mi despacho a Thomas Larkin [...] del que adjunto una copia. De él deducirá usted que en tanto el gobierno no se propone interferir entre México y California, intervendrá vigorosamente para impedir que esta última se convierta en una colonia ya sea británica o francesa. Usted se ocupará de averiguar si México alberga la intención de cederla a una u otra potencia; si existiera semejante

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/en busca/nueva frontera.html

⁴ Frederick Merck, La Doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849, Buenos Aires, Paidós, 1968. 244 p. (Biblioteca América Latina, serie mayor, 2), p. 100.

⁵ *Ibid.*, p. 101; el Tratado Cushing fue suscrito por los Estados Unidos y China y abrió cinco puertos de esta nación al comercio norteamericano.

⁶ Merck, op. cit., p. 108.

⁷ *Ibid.*, p. 101.

⁸ Idem.



intención, desplegará toda su energía para impedir un acto que, en caso de consumarse, estaría preñado de peligro para los mejores intereses de los Estados Unidos. Usted puede discutir libremente el problema con Mr. Larkin en forma epistolar, tomando la precaución de que sus cartas no caigan en manos indebidas.⁹

escribió Polk al comisionado en México John Slidell, en un comunicado donde se translucían las aprensiones del ejecutivo norteamericano sobre la provincia mexicana. Estos temores, sin embargo, escondían sus propios apetitos sobre la región; en una palabra, el miedo de que ingleses o franceses se apoderaran de California derivaba del recelo de ver frustrados, de manera definitiva, sus deseos de dominio en aquella provincia.

En realidad, la rivalidad norteamericano-británica por Alta California era más el producto del desasosiego estadounidense, que de proyectos reales de los ingleses en la región. Cuando, en el siglo xx, el gobierno británico permitió la consulta de los archivos del Foreign Office, quedó de manifiesto que Inglaterra prefería que aquel territorio permaneciera en manos mexicanas, pues su intervención en este asunto le resultaba demasiado complicada en ese momento. La recelosa actitud norteamericana resultaba perfectamente coherente con el "derecho a la seguridad", modalidad de la Doctrina del Destino Manifiesto, que animaba el espíritu norteamericano de la época; y es también consecuente con los principios de la Doctrina Monroe.

Aunque las ambiciones de los Estados Unidos sobre California se iniciaron en épocas mucho más tempranas, ¹² el proceso de expansión hacia otros territorios —las Floridas, el valle del Mississippi, Texas— retrasó el avance de los estadounidenses hacia la región. Sin embargo, para los años cuarenta, la fiebre expansionista hacia la costa del Pacífico parecía incontenible.

En el otoño de 1845, varias misiones norteamericanas concurrían en el

⁹ Ibid., p. 108. Thomas Oliver Larkin ocupaba el cargo de cónsul del gobierno norteamericano en Monterey, California. Aunque José Fuentes Mares lo acusa de ser un espía, Larkin, al igual que otros funcionarios norteamericanos, tenía intereses económicos en California; de ahí su deseo de incorporar esta provincia a los Estados Unidos, para lo cual colaboró con su gobierno. Cfr. vid. Miguel Soto, "Los intereses particulares en la conquista de California", en Anuario de Historia. Facultad de Filosofia y Letras, México, Universidad Nacional Autónoma de México, año XI, 1983, p. 131-151.

¹⁰ Según Merck, Inglaterra no había cobijado ambición alguna sobre Alta California. Merck, op. cit., p. 107.

¹ Cfr. vid. Albert K. Weinberg, Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1968. 450 p. (Biblioteca de Historia Paidós).

¹² Dice Henry Nash Smith que desde el periodo colonial, cuando Inglaterra se propuso impedir la expansión de los colonos hacia las tierras del interior, lejos del control del gobierno inglés, la atracción por el oeste estuvo siempre presente. "El interior de Norteamérica era casi una extensión infinita de tierra cultivable capaz de contener una gran población. Era una riqueza potencial en una escala sin precedentes. La atracción magnética de este recurso no tocado interfería con la concepción de un imperio basado en el comercio marítimo que sugirió un visión muy diferente de una populosa sociedad agrícola..." Virgin Land. The American West as a Symbol and Myth, New York, Vintage Books, 1950. 305-[7], p. 6.



propósito de obtener la Alta California: la misión de John Slidell;¹³ una embajada anónima que transportó a California copias de la constitución texana en español, cuyo evidente propósito era animar a los californios a separarse de México; y una comisión más, ésta de carácter "exploratorio y científico", cuyos verdaderos objetivos estudiaremos a continuación.

La misión científica, encabezada por el capitán John C. Frémont del cuerpo de ingenieros y topógrafos del gobierno norteamericano, debía atravesar territorio mexicano hacia el Pacífico estudiando una tierra que otras expediciones habían explorado previamente. En realidad, el propósito de la expedición era encontrar una ruta apropiada para un ferrocarril que llegara a la costa del Pacífico.

Frémont iba al frente de un grupo de sesenta y dos hombres armados, lo que de por sí parecía excesivo para una excursión científica. En un principio actuó sin la autorización del gobierno mexicano; más tarde, cuando las autoridades de México le negaron el permiso para continuar con su misión, se sintió ofendido. En respuesta, el norteamericano y sus hombres se atrincheraron en un montículo e izaron la bandera de las barras y las estrellas, hasta que fuerzas mexicanas se aprestaron a combatirlos. Entonces se retiraron hacia el valle que conduce a Oregon.

En el curso de "la expedición científica" a California, los norteamericanos excitaron a sus habitantes a ocupar la población de Sonoma, a declarar su independencia de México y a proclamar el establecimiento de la "República de la Bandera del Oso". Tras una "vacilación adecuada, Frémont se sumó a ellos, asumió el mando, y partió a conquistar la escasamente poblada zona septentrional de California".¹⁴

Por esos días, llegó la noticia de que los Estados Unidos estaban en guerra con México. Un destacamento naval a las órdenes del comodoro Sloat había sido enviado con anterioridad a las costas de California con instrucciones de bloquear los puertos mexicanos en el momento que comenzara la guerra. Por su parte, las tropas del general Stephen Kearny tenían órdenes de lanzarse sobre California después de consumar la toma de Nuevo México. Robert F. Stockton, sustituto de Sloat en el mando naval, realizó junto con Kearny la conquista de la región. Frémont, cuyas diferencias con Sloat por cuestiones de mando lo mantuvieron al margen de la última campaña, reapareció en el último momento para consumar la conquista de la provincia mexicana.¹⁵

Éstos no son sino algunos de los antecedentes inmediatos a la expansión norteamericana hacia California; en realidad el interés de los Estados Unidos en el oeste data de la época colonial, aunque no fue hasta la primera mitad del siglo XIX que los estadounidenses realizaron el extraordinario avance sobre la

¹³ Cfr. vid.: Bosch, Documentos..., IV.

¹⁴ Merck, op. cit., p. 109.

¹⁵ Véase nota 5, capítulo 1.



región. Hacia 1836, la frontera norteamericana llegaba al río Mississippi, aun cuando algunos territorios al occidente de este límite, como Missouri, Arkansas y Louisiana, ya habían sido colonizados; entre esta fecha y 1853 el territorio de los Estados Unidos aumentó su extensión en dos tercios. 16

"El impetuoso movimiento de colonos que se estableció allende las fronteras de los Estados Unidos en los años treinta y cuarenta inspiró a políticos y propagandistas a dirigir la anexión de aquellas áreas que los migrantes estaban ya ocupando". 17 El deseo de expansión y la política instrumentada para realizarla condujo a los Estados Unidos a graves enfrentamientos con Inglaterra y con México; el primer conflicto fue de orden diplomático, el segundo de orden militar. 18

En la tercera década del siglo diecinueve, las ambiciones territoriales norteamericanas señalaron hacia el norte y el oeste; se pensó entonces que la nueva dirección del expansionismo apuntaría al Canadá. Los conflictos sobre la frontera entre los Estados Unidos y este país provocaban periódicamente crisis diplomáticas, que mantenían a la región en permanente estado de inquietud. En esa misma década, y en la siguiente, el movimiento traspasó el valle del Mississippi y se dirigió hacia el "lejano oeste" en pos de una nueva frontera situada en la costa del Pacífico. Los conflictos norteamericanos de carácter internacional de los años cuarenta están estrechamente vinculados con esta marcha.

La atracción de los norteamericanos por el oeste era una consigna obsesiva que correspondía a las nuevas circunstancias y ambiciones estadounidenses, pero que traducía la herencia inglesa.¹⁹ De acuerdo con la tesis del doctor Juan Antonio Ortega y Medina, que aquí recogemos, "La herencia histórico religiosa inglesa pasa casi íntegra a las colonias americanas y condiciona la formulación de la tesis misional, política, económica y espiritual [de los estadounidenses]"; ²⁰ los norteamericanos heredan "los elementos conflictivos del diálogo tricenturial [entre Inglaterra y España] y constituyen con ellos una doctrina justificativa de su poder, su superioridad, y de su predestinado imperialismo". ²¹ Los norteamericanos componen, pues, con estos elementos, la doctrina del Destino Manifiesto.

¹⁶ Ana Rosa Suárez Argüello, "La expansión territorial, 1844-1848", en EUA Sintesis de su Historia I, 10 v., México, Instituto Mora-Alianza Editorial, 1988. V. 8, p. 431.

¹⁷ Divine, op. cit., p. 360.

⁸ Idem

¹⁹ Juan Antonio Ortega y Medina, Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raiz teológica, México, SEP, 1972. 162 p. (Sep Setentas, 49), p. 29; por su parte, Reginald Horseman sostiene que, a través de la historia, Europa consideró al occidente como la tierra de la felicidad y "arena de lucha donde se decidiría el futuro de las naciones"; por lotanto, el avance hacia el oeste, era el avance de la civilización sobre la barbarie. Reginald Horseman, La raza y el Destino Manifiesto. Origenes del anglosajonismo racial norteamericano, México, Fondo de Cultura Económica, 1985. 412 p. (Colección Popular, 285), p.120.

²⁰ *Ibid.*, p. 10.

²¹ Idem.





Esta doctrina, profundamente en raizada en la tradición puritana, protestante, calvinista, se apoya en el concepto del *calling* o vocación. Supone un "género de vida ordenado e impuesto por Dios a cada hombre y que va encaminado al bien común." Esto quiere decir que lo que el hombre hace en este mundo, lo hace en virtud de una vocación, sobre la que Dios derrama sus bendiciones; el éxito en la tierra es una marca visible de la elección de Dios. Por tanto, los fracasados dan muestra de ser réprobos, es decir, son los no elegidos.

De acuerdo con la teología calvinista, "El hombre puritano elegido, el electo, verbigracia el que en cuanto tal, tiene plena confianza (fidencia) de ser elegido; se siente destinado a ser amo del mundo. Con el poder del Señor y por honor y gracia de Dios se juzga predestinado a dominar y pues transformar el mundo."²³ "Esta acción ha de realizarla rechazando los viejos e irracionales métodos ascéticos, y la actitud contemplativa, habrá de efectuarla en el mundo de los negocios y en el seno de la familia."²⁴

El norteamericano del siglo XIX poseía una herencia religiosa que lo dotaba de un ideario absolutamente favorable al expansionismo; estaba seguro de conocer las intenciones del Creador con respecto a todo, 25 tenía confianza en ser "el elegido" y estaba decidido a cumplir la misión que Dios le había encomendado. La expansión era su destino y la política nacional se encaminada hacia su realización. La doctrina que justifica esta "misión", la del "Destino Manifiesto", 26 sostiene, en esencia, que "una nación posee cierto valor social preeminente, una misión especialmente excelsa, y por lo tanto derechos especiales en la aplicación de sus principios morales." 27

- ²² Ibid., p. 90.
- 28 Ibid., p. 94. El subrayado es nuestro.
- 24 Idem
- ²⁵ Weinberg, op. cit., p. 81.
- ²⁶ Ortega y Medina señala que la frase "manifest destiny" llegó a convertirse en un reclamo en 1846, en el debate sobre los límites de Oregon (fifty four° forty' or fight), cuando Robert Winthrop recordó la alusión de Francisco I, y manifestó en la Cámara de Representantes que él se uniría a los abogados del destino manifiesto el día que éstos le mostraran la cláusula del testamento de Adán merced a la cual se les otorgaba el legado. Ortega y Medina, "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones", en Históricas, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, v. 16, p. 19-42, p. 42. La expresión destino manifiesto se hizo famosa cuando John L. O'Sullivan, partidario del movimiento expansionista Young America y editor del influyente diario United States Magazine and Democratic Review, responsabilizó a los gobiernos extranjeros de conspirar contra la anexión de Texas a los Estados Unidos "en un esfuerzo por frustrar la 'realización de nuestro destino manifiesto de extendernos sobre el continente designado por la providencia para el libre desarrollo de nuestros [habitantes] que se multiplican por millones anualmente.' "Divine, op. cit., v. 1, p. 363. Horseman señala que, cuando la frase "Destino Manifiesto" apareció por vez primera no despertó un particular interés, pero que la expresión volvió a usarse en relación con el asunto de Oregon en el periódico de O' Sullivan, The New York Morning News, en diciembre de 1845. Ahí se habló del " 'derecho de nuestro destino manifiesto a difundirnos y a poseer todo el continente que la Providencia nos ha dado para el desarrollo del gran experimento de la libertad y el autogobierno federado que ha sido confiado a nosotros'." Horseman, op. cit., p. 301.
 - Weinberg, op. cit., p. 21.



En el sustrato de la doctrina está el concepto de que Dios favorece el expansionismo norteamericano, idea que proviene de la tradición puritana y que identifica el crecimiento de Norteamérica con el éxito del pueblo elegido por Dios. Significa asimismo la libre expansión del modelo norteamericano de gobierno: la democracia representativa burguesa, lo que es definido por algunos autores como la extensión del área de la libertad. Contiene asimismo la premisa de que el crecimiento de la población requería el crecimiento territorial.²⁸ "En su forma más extrema, el Destino Manifiesto presuponía que algún día los Estados Unidos ocuparían toda Norteamérica y que nada menor apaciguaría a su población hambrienta de tierras."²⁹

Así, la ideología implícita en la doctrina del Destino Manifiesto nos habla de una vocación, de una misión norteamericana de dominación, por ser ellos el pueblo elegido. Implica un destino inapelable de extender la fórmula perfecta de gobierno que poseen, que es la democracia, ya que "los norteamericanos formaban el primer pueblo favorecido por la Providencia con la oportunidad de elegir racionalmente sus formas de gobierno". Paradójicamente, la posibilidad de establecer el dominio estadounidense en México provocó una crisis en el pensamiento norteamericano acerca de la expansión, pues muchos consideraron que las instituciones republicanas de Norteamérica sufrirían fatalmente con la incorporación de sectores no sajones, en este caso mexicanos, incapaces de participar en un gobierno libre 31

El Destino Manifiesto preconiza asimismo el "principio del uso del suelo", según el cual, "la raza blanca tenía mayor derecho a la tierra porque la 'utilizaba de acuerdo con las intenciones del Creador'." 32 Este principio fue aplicado no sólo en las relaciones con los indios, sino en las relaciones con los mexicanos, a quienes consideraban un pueblo ignorante y miserable cuyo destino era el ser dominado. T. J. Farnham, viajero norteamericano, escribió sobre los mexicanos que habitaban las Californias en 1840: "[son] una raza de imbéciles y pusilánimes, incapaces de gobernar los destinos de esa bella región." Nadie que conociera a la indolente y mezclada raza de California, podría creerlos capaces de poblar o, menos aún, gobernar la región; en consecuencia, las razas mezcladas, es decir, indios y mexicanos, debían desaparecer. Existía también el precepto de la predestinación geográfica, que sostenía que "la naturaleza o el orden natural de las cosas fijaba límites

²⁸ Divine, op. cit., p. 363.

²⁹ Idem.

³⁰ Weinberg, op. cit., p. 29.

³¹ El temor a que la República se corrompiera con la incorporación de masas de seres inferiores en la sociedad norteamericana, en calidad de ciudadanos, provocó el surgimiento de grupos opuestos a toda extensión del territorio, pues era ésta la única forma de "mantener una república anglosajona libre".

³² Ibid., p. 80.

³³ Horseman, op. cit., p. 288-289.



naturales a las naciones en general y en particular a los Estados Unidos, la nación signada por un destino especial".³⁴ Adicionalmente, la tesis expansionista de la "proximidad geográfica" sostenía el derecho a anexarse tierras por su contigüidad; ésta condujo al precepto de "hemisferio de interés",³⁵ que con base en un principio geográfico político de seguridad pretendió impedir la intervención de Europa en el hemisferio. Tal forma de concebir no es otra cosa que la Doctrina Monroe.³⁶

Esta doctrina fue expuesta por el presidente James Monroe en un famoso mensaje a la nación en diciembre de 1823.³⁷ En aquel momento, contuvo principios esencialmente defensivos. Su propósito era rechazar la expedición armada de las monarquías europeas que integraban la Santa Alianza para restablecer el dominio español sobre sus antiguas colonias. Expresaba claramente que una intención de esta naturaleza implicaría una actitud hostil hacia los Estados Unidos, que considerarían el hecho como una agresión al

- 34 Ibid., p. 52.
- ³⁵ Henry Nash Smith señala que la stempranas visiones de un imperio norteamericano implican dos concepciones de él. Por una parte, existe la noción de un imperio basado en el dominio del mar; por la otra, la idea del imperio de una populosa sociedad que ocupara el continente americano. Ambas concepciones se sustentan en diferentes bases económicas e implican políticas distintas. La idea de acrecentar el comercio mundial fue heredada de los preceptos mercantilistas británicos; por su parte, la de crear nuevos estados en el oeste, depende del crecimiento de la población que resulte de la expansión agrícola sobre un continente vacío y fértil. Esta última visión corresponde con más exactitud al curso del siglo diecinueve. *Op. cit.*, p. 13.
 - 36 Ibid., p. 70.
- 37 Isidro Fabela considera que la mal llamada Doctrina Monroe no es una doctrina del derecho internacionaly, al igual que otros estudiosos, asigna su paternidad a diversos autores. Isidro Fabela, Las doctrinas Monroe y Drago, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1957. 268 p., p. 9. Señala que la mencionada doctrina fue resultado de las necesidades políticas norteamericanas surgidas a raíz de sus luchas por la independencia y, después de ésta, al establecerse la Unión Americana como Estado soberano. Afirma que, antes que Monroe, otros estadistas ya habían expresado su convicción de que los Estados Unidos debían seguir una política diferente de la europea; que era necesario "establecer una separación entre el Viejo y el Nuevo Mundo y mirar con recelo la posible expansión de las grandes potencias de Europa en las repúblicas de este Hemisferio". Entre los antecedentes de estas ideas cita el proyecto de tratado de alianza entre las colonias anglosaionas y Francia, en el que John Adams colaboró y donde fue explícito el criterio de que el territorio americano no debería ser ocupado por las potencias del viejo continente. Ibid., p. 38-39. El autor considera al testamento político de George Washington (1796) como otro escrito precursor del monroísmo. En él, su autor recomendó como axioma de la política exterior estadounidense el mantenerse al margen de los conflictos europeos, estableciendo una separación entre los dos mundos. Idem.; Carlos Pereyra en su obra El mito de Monroe, Madrid, Editorial América [s. f.]. 472 p. (Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, IV), afirma que el verdadero autor de esta idea fue Hamilton, quien escribió casi todo el texto del documento. Ibid., p. 93. Algunas ideas de Thomas Jefferson anunciaban también el advenimiento de los principios monroístas, particularmente cuando expresaban inquietud acerca de que los Estados Unidos cambiasen de poseedores. Ibid., p. 40. La idea jeffersoniana, "mística y apostólica de la división del mundo civilizado en dos hemisferios, el del despotismo y el de la libertad", el último de los cuales estaba reservado a la supremacía política de los Estados Unidos, auguraba el contenido de la citada doctrina. Ibid., p. 87-104. Asimismo, el mensaje del presidente Madison al congreso del 3 de enero de 1811, solicitando autorización para ocupar la Florida, con o sin el consentimiento de las autoridades españolas, expresaba el temor de que dicho territorio fuera ocupado por otra potencia europea; de la



principio republicano;³⁸ el comunicado también anunciaba que el Nuevo Mundo estaba cerrado a toda futura colonización europea, lo que —de acuerdo a algunos autores — constituye un principio de anticolonialismo.³⁹ El mensaje se aplicaba en ese momento a la región noroeste del Pacífico, particularmente donde, de acuerdo con la sensibilidad de los expansionistas, los intereses de los Estados Unidos estaban amenazados por el avance de los británicos y los rusos a lo largo de la costa en dirección a California. A partir de entonces, los órganos gubernamentales se esforzaron en presentar el *leit motiv* de la doctrina en términos de seguridad nacional; en tanto los críticos del monroísmo aseguraban que se trataba de un principio de expansión.⁴⁰ Los principales opositores de la Doctrina Monroe surgieron en Inglaterra, como era de esperarse, donde se consideró que implicaba "una forma de ataque contra la marcha regular de los asuntos mundiales y la imposición unilateral de un dogma a dos continentes por parte de una potencia que defendía agresivamente sus propios intereses".⁴¹

En 1845, cuando la extensión de la frontera norteamericana hacia el Pacífico constituía un verdadero imperativo de la política del ejecutivo, el presidente James Polk retomólos principios de la Doctrina Monroe y los virtió en su mensaje al congreso del 2 de diciembre. Polk afirmó que las monarquías europeas se proponían frenar el desarrollo de la república norteamericana e implantar nuevamente su dominio colonial en territorios contiguos a los Estados Unidos. 42 Interpretó tales intromisiones europeas como producto de

misma manera la resolución del parlamento norteamericano del 15 de enero de 1811 advirtió que los Estados Unidos albergarían serios temores si la Florida pasara a manos de otra potencia europea. Fabela, op.cit., p. 44. Éste estima como precedente inmediato del texto del mensaje de Monroe las declaraciones de su secretario de Estado, John Quincy Adams, del 17 de julio de 1823. En ellas, Adams consideró inadmisibles las pretensiones del zar de Rusia de prohibir la navegación y pesca en determinadas zonas del estrecho de Behring, y declaró que los Estados Unidos adoptarían el principio de que el continente americano, en adelante, no estaría sujeto a colonización europea. En un comunicado al plenipotenciario estadounidense en Rusia, Adams, advirtió que. con excepción de los dominios ingleses al norte de los Estados Unidos, el resto del continente americano debería quedar bajo el mando de manos americanas. Ibid., p. 48. Tanto Pereyra como Fabela coinciden en señalar al estadista inglés George Canning como coautor de los principios enarbolados por Monroe. En la carta de aquél a Rush, ministro norteamericano en Londres, fechada en agosto de 1823, propuso que el gobierno de Washington hiciera declaración pública de que Inglaterra y los Estados Unidos consideraban imposible la reconquista de las colonias españolas, que no verían con indiferencia que alguna de ellas pasase a manos de otra potencia o, que otra nación de Europa acariciara proyectos sobre las viejas colonias españolas, para España o a nombre de España. La declaración serviría para externar la desaprobación angloamericana a tales proyectos. Fabela, op. cit.,p. 49-50; Pereyra, op. cit., p. 87-104.

- ³⁸ Cfr. vid. Ángela Moyano Pahissa y Jesús Velasco, EUA. Documentos de su Historia Política I, 10 v., México, Instituto Mora-Alianza Editorial, 1988. V. I, 448 p., p. 392-394.
 - 39 Cfr. vid. Merck, op. cit.
 - 40 Ibid., p. 12.
 - 41 Ibid., p. 160.
- ⁴² James R. Richardson (comp.), Messages and Papers of the Presidents, 11 v., Washington, 1905. IV, p. 398-399.



la envidia que la creciente grandeza de su República despertaba entre los reyes.⁴³

Polk dijo también en aquel mensaje:

Debemos salvaguardar siempre el principio de que los pueblos de este continente tienen derecho a resolver su destino por sí solos. Si una parte cualquiera de ellos, constituida en Estado independiente, resolviera unirse a nuestra confederación, la decisión quedaría exclusivamente librada a ellos y a nosotros, sin interferencia extranjera. Nunca podremos permitir que las potencias europeas obstaculicen semejante unión por temor a que éste perturbe el "equilibrio de poder" que ellas desean mantener en este continente.⁴⁴

De esta manera el gobierno norteamericano delineó con claridad su voluntad política de impedir la intromisión de Europa en los asuntos del hemisferio que, implícitamente, consideraba como propio. La Doctrina Monroe pasaba así de una postura defensiva ante Europa, con la que había surgido, a otra abiertamente agresiva y ligada con sus propósitos expansionistas. La versión que Polk dio del mensaje de Monroe adquirió una importancia cardinalen lapolítica hemisférica norteamericana. En su momento, fue un instrumento ideológico de valor para el expansionismo y con él al hombro se avanzó hacia California.

Desde luego las justificaciones i deológicas no eran el único motor que lanzaba a los norteamericanos al oeste, existían impulsos de otra índole que empujaban su marcha hacia la costa del Pacífico. Entre éstos, las causas políticas tenían un peso específico importante. Destaca, entre ellas, la necesidad de mantener un equilibrio regional entre los estados libres y los estados esclavistas. También se pensó que la lucha por extender los dominios norteamericanos terminaría por diluir las crecientes tensiones entre los dos proyectos socioeconómicos norteamericanos, el agroexportador del sur y el industrial-financiero del norte. En ese sentido, la guerra con México fue vista por muchos políticos norteamericanos como una válvula de escape a la tirantez excesiva con que se estaban dando las relaciones entre ambas regiones.

Algunos autores señalan como una causa más de la expansión norteamericana hacia el oeste la presión de la población, que aumentaba día a día. 45

De los factores económicos que impelieron la marcha norteamericana al poniente, debe subrayarse la extraordinaria atracción que sentían por las tierras vírgenes, adecuadas para el cultivo del algodón y el tabaco, productos

⁴³ Merck, op. cit., p. 17.

⁴⁴ Richardson, op. cit., p. 398-399.

⁴⁵ Suářez, op. cit., p. 432-433.



que se exportaban a Europa y constituían la base de la economía de plantación de los estados sureños. Éstos pretendían ampliar el área de la plantación, basada en cultivos extensivos que requerían de la constante ampliación de las superficies de labor. "De otra manera, el futuro, no sólo de su 'peculiar institución' sino de lo que ellos llamaban su 'civilización', estaba amenazado por el agotamiento del suelo y la rápida multiplicación de la población negra". 46

Aparte de estos poderosos motivos, existían los atractivos de las riquezas minerales, la oportunidad de especular con las tierras adquiridas y la posibilidad de ampliar el comercio, estableciendo una plataforma segura para el intercambio transpacífico.

Asimismo, la industrialización del este fue un factor decisivo en el movimiento de la frontera. La demanda europea de productos agrícolas y la de los estados de la costa oriental norteamericana también determinó el desplazamiento de la *frontier*. ⁴⁷ Al desarrollarse los métodos manufactureros y agrícolas, aumentó el volumen de producción y se intensificó el comercio. Paralelamente, en la década de los cuarenta, vino el perfeccionamiento de los medios de comunicación: el telégrafo y la expansión del transporte ferroviario que ayudaron en forma extraordinaria a la integración del mercado interno. Así, "los expansionistas de la década de los cuarenta vieron claramente la relación entre adquisiciones territoriales y otras formas de crecimiento material y desarrollo". ⁴⁸

En este mismo periodo, la llamada "fiebre del oro" llevó a miles y miles de migrantes hacia California. Llegaban de los propios Estados Unidos, de naciones cercanas o distantes; todos ellos movidos por la ambición que despertó el descubrimiento del preciado metal. "El oro que desentrañaron de la tierra aceleró el desarrollo de la economía norteamericana y la aparición y crecimiento de centros de población en la región del Pacífico". 49

Un factor más que incidió en el avance estadounidense hacia la costa occidental fue la llamada Ruta de Santa Fe, recorrida anualmente por las caravanas comerciales norteamericanas provenientes de Independence, Missouri, con destino a Santa Fe, Nuevo México. La empresa, autorizada por

⁴⁶ Ibid., p. 433; véase también Eugene Genovese, La economia politica de la esclavitud, Barcelona, Editorial Península, 1970; del mismo autor: "Interpretaciones de Marx sobre el Sur esclavista", en B. J. Bernstein et. al., Ensayos inconformistas sobre los Estados Unidos. Hacia un nuevo pasado, Barcelona, Editorial Península, 1976. 368 p. (Historia, Ciencia y Sociedad, 13), p. 101-135.

⁴⁷ Willy Paul Adams et al., Los Estados Unidos de América, 4a. ed., México, Siglo XXI Editores, 1980. 494 p. (Historia Universal Siglo XXI, 30); José Luis Orozco señala que el término de frontier forma parte de la "semántica imperial norteamericana", pues denota "la noción de un nue vo campo, de algo incompleto y desafiante susceptible de llenarse por la voluntad de poder". José Luis Orozco, El testimonio político norteamericano (1890-1980), v. 2, México, SEP/UNAM, 1982. V. I, p. 5.

⁴⁸ Divine, op. cit., p. 368-369.

⁴⁹ Ibid., p. 168.



el gobierno mexicano para proveer a sus nacionales de aquella apartada provincia de artículos que les eran necesarios, terminó por despertar los apetitos norteamericanos por la región. Algunos años después de la independencia de Texas, una expedición texana, que aparentemente buscaba apoderarse de Nuevo México, llevó a las autoridades mexicanas a la decisión de cortar el comercio a través del camino de Santa Fe.⁵⁰

Del mismo modo, la llamada ruta de Oregon condujo cientos de caravanas de migrantes norteamericanos a la costa oeste en los años cuarenta. La senda atravesaba las grandes llanuras del norte, cruzaba las Rocallosas en South Pass y ahí se bifurcaba en una ruta principal que conducía a Willamette Valley, en Oregon, y en otras rutas alternativas que se dirigían a California. Asimismo, la senda de los mormones, que partía de Nauvoo, Illinois, hacia el oeste hasta alcanzar la ruta de Oregon hasta South Pass, de donde continuaba hacia Salt Lake City, llevó a esos hombres, perseguidos por razones religiosas, a establecer su "Zion" en un territorio que pertenecía a México. 51

Hasta aquí hemos observado cómo las ambiciones norteamericanas sobre California, presentes ya en el periodo colonial, 52 tuvieron que aguardar algunas décadas de vida independiente dando tiempo a la expansión norteamericana hacia regiones más cercanas a su frontera. Empero, en los años cuarenta del siglo xix, el imperativo expasionista exigió el corrimiento de los linderos de los Estados Unidos hasta el litoral del Pacífico. Este proyecto era compartido por amplias capas de la población norteamericana, incluidos, desde luego, los plantadores, los industriales, los especuladores, los granjeros, los empresarios dueños de compañías ferroviarias, los buscadores de fortuna, etcétera, y fue recogido por los partidos políticos estadounidenses —whigs y demócratas— que participaban del apetito por los territorios de Oregon y California y sólo diferían en los métodos para lograr tal propósito.

No obstante la fuerza que adquirió la consigna de la "marcha hacia el oeste" en los años cuarenta, el afán, como hemos visto, tenía viejas raíces en la herencia inglesa y, particularmente, en la tradición protestante puritana que encarnó en la Doctrina del Destino Manifiesto, justificadora del expansionismo en aras de una misión divina. El proyecto de ampliar el territorio estadounidense se mezcló con una serie de concepciones racistas que, desde los años treinta y cuarenta, proliferaron entre amplios sectores norteamericanos; tales

⁵⁰ Ibid., p. 358. Véase el libro de Ángela Moyano, El comercio de Santa Fe y la guerra del 47, México, SEP, 1987. 349 p. (Colección Frontera).

⁵¹ Ibid., p. 360.

⁵² Sir Francis Drake describió a California como "A goodly country and fruitful soyle, stored with many blessing for the use of man" *Cfr. vid.* A. L. Rowsd, *The Expansion of Elizabethan England*", New York, Harper and Row, Publishers, 1955. 620 p., p. 158-205.



ideas aseveraban que las razas inferiores como los indios y los mexicanos retrocederían o desaparecerían ante la presencia anglosajona.⁵³

Las diversas expresiones del Destino Manifiesto que derivaron en la idea del "hemisferio de interés, trazaron las líneas generales de la política exterior norteamericana que, poco a poco, fue expresando su voluntad de excluir los intereses europeos del continente americano, afirmando así su contenido expansionista.

La "marcha hacia el oeste", emprendida bajo la justificación teológica de esa Doctrina del Destino Manifiesto y con la racionalización política de la Doctrina Monroe, obró impulsada por una variada gama de razones económicas poderosas, de motivos geopolíticos, de necesidades de equilibrio de poder, de bases demográficas, de apetitos de riqueza, de intereses comerciales y especulativos y de prejuicios racistas. Su obsesión, lograr la transcontinentalidad, ⁵⁴ se consiguió justamente con la adquisición de Oregon en 1846; y con la anexión de Alta California, en virtud del tratado de Guadalupe Hidalgo, en febrero de 1848. La expansión estadounidense hacia Alta California no respondió a un fenómeno aislado de la historia decimonónica norteamericana, sino que constituye una muestra de la constante expansionista de los Estados Unidos que marcó tan profundamente su desarrollo durante la primera mitad de aquella centuria.

Al revisar esta constante expansionista de la historia de los Estados Unidos, se explica el conjunto de variadas y complejas causas del interés norteamericano por Alta California en la cuarta década del siglo XIX; al mismo tiempo, si sumamos las peculiaridades históricas del periodo, es igualmente factible entender por qué los Estados Unidos parecieron satisfacerse con la anexión de Alta California y dejaron a los mexicanos el dominio de la península sudcaliforniana

⁵⁸ En ese periodo se afirmó, incluso, que Texas serviría de válvula de escape para los negros que cruzarían el Bravo hacia México y Centroamérica, liberando a los caucásicos del fardo del problema negro. Horseman, op. cit., p. 286 ss. Horseman asevera también que aun cuando los Estados Unidos participaron entonces del pensamiento racista de un amplio sector de Occidente, fueron los norteamericanos quienes se pusieron a la cabeza de esta corriente y afirmaron las diferencias raciales innatas, y la gran distancia entre ellos y otras razas del hemisferio americano. Incluso desarrollaron políticas basadas en el supuesto de tales diferencias raciales, mucho antes de que se construyera la base científica que sustentó el racismo. Los científicos norteamericanos aportaron las pruebas que la sociedad deseaba para justificar la separación racial. Hacia 1850 esas ideas llevaron a pensar que el futuro del continente americano y del mundo estaba en función de la dominación blanca. Ibid., p. 220.

⁵⁴ Cfr. vid. Carlos Bosch, La base de la política exterior estadounidense, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Intituto de Investigaciones Históricas, 1986. 114 p. (Serie de Historia General, 13).





en disposición de ofrecer atractivos incentivos particulares, amén de los propuestos por el gobierno federal.⁴

Durante la década siguiente, las administraciones norteamericanas acrecentaron su avidez sobre Alta California. Mucho tuvieron que ver con ello las descripciones de los diarios norteamericanos que pintaban la región como un nuevo Edén, o ensalzaban sus posibilidades comerciales. Por otra parte, la apertura de cinco nuevos puertos libres en China, en virtud del Tratado Cushing, incrementó el valor del Puerto de San Francisco por su conveniente situación en el Pacífico.⁵

La posesión de la bahía y el puerto de San Francisco reviste una importancia capital para los Estados Unidos. Las ventajas que derivarían de semejante adquisición son tan colosales que el enumerarlas aquí implicaría una pérdida de tiempo. Si todas ellas se volvieran contra nuestro país, mediante la cesión de California a Gran Bretaña, nuestro principal rival en el comercio, las consecuencias serían desastrosas.⁶

señaló el presidente James Polk a John Slidell, expresando, de esta manera, no sólo el gran interés de su administración sobre la región, sino el temor de que Inglaterra también deseara el dominio de la zona.

El recelo de Polk sobre los designios ingleses en Alta California era compartido por la generalidad de los expansionistas norteamericanos de la época, que nutrían las filas tanto del partido demócrata —al que pertenecía Polk— como de los whigs. Daniel Webster, partidario de éstos últimos, opinaba que el valor del puerto de San Francisco era veinte veces mayor que todo Texas.⁷ Whigs y demócratas compartían el interés por la provincia mexicana, sólo que los primeros se inclinaban a ocuparla en forma menos directa⁸ que los segundos.

Las informaciones que posee este departamento inducen a temer seriamente que tanto Gran Bretaña como Francia alimentan designios sobre California. Usted encontrará la opinión del gobierno de los Estados Unidos al respecto de mi despacho a Thomas Larkin [...] del que adjunto una copia. De él deducirá usted que en tanto el gobierno no se propone interferir entre México y California, intervendrá vigorosamente para impedir que esta última se convierta en una colonia ya sea británica o francesa. Usted se ocupará de averiguar si México alberga la intención de cederla a una u otra potencia; si existiera semejante

DR© 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/en_busca/nueva_frontera.html

⁴ Frederick Merck, La Doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849, Buenos Aires, Paidós, 1968. 244 p. (Biblioteca América Latina, serie mayor, 2), p. 100.

⁵ *Ibid.*, p. 101; el Tratado Cushing fue suscrito por los Estados Unidos y China y abrió cinco puertos de esta nación al comercio norteamericano.

⁶ Merck, op. cit., p. 108.

⁷ *Ibid.*, p. 101.

⁸ Idem.



intención, desplegará toda su energía para impedir un acto que, en caso de consumarse, estaría preñado de peligro para los mejores intereses de los Estados Unidos. Usted puede discutir libremente el problema con Mr. Larkin en forma epistolar, tomando la precaución de que sus cartas no caigan en manos indebidas.⁹

escribió Polk al comisionado en México John Slidell, en un comunicado donde se translucían las aprensiones del ejecutivo norteamericano sobre la provincia mexicana. Estos temores, sin embargo, escondían sus propios apetitos sobre la región; en una palabra, el miedo de que ingleses o franceses se apoderaran de California derivaba del recelo de ver frustrados, de manera definitiva, sus deseos de dominio en aquella provincia.

En realidad, la rivalidad norteamericano-británica por Alta California era más el producto del desasosiego estadounidense, que de proyectos reales de los ingleses en la región. Cuando, en el siglo xx, el gobierno británico permitió la consulta de los archivos del Foreign Office, quedó de manifiesto que Inglaterra prefería que aquel territorio permaneciera en manos mexicanas, pues su intervención en este asunto le resultaba demasiado complicada en ese momento. La recelosa actitud norteamericana resultaba perfectamente coherente con el "derecho a la seguridad", modalidad de la Doctrina del Destino Manifiesto, que animaba el espíritu norteamericano de la época; y es también consecuente con los principios de la Doctrina Monroe.

Aunque las ambiciones de los Estados Unidos sobre California se iniciaron en épocas mucho más tempranas, ¹² el proceso de expansión hacia otros territorios —las Floridas, el valle del Mississippi, Texas— retrasó el avance de los estadounidenses hacia la región. Sin embargo, para los años cuarenta, la fiebre expansionista hacia la costa del Pacífico parecía incontenible.

En el otoño de 1845, varias misiones norteamericanas concurrían en el

⁹ Ibid., p. 108. Thomas Oliver Larkin ocupaba el cargo de cónsul del gobierno norteamericano en Monterey, California. Aunque José Fuentes Mares lo acusa de ser un espía, Larkin, al igual que otros funcionarios norteamericanos, tenía intereses económicos en California; de ahí su deseo de incorporar esta provincia a los Estados Unidos, para lo cual colaboró con su gobierno. Cfr. vid. Miguel Soto, "Los intereses particulares en la conquista de California", en Anuario de Historia. Facultad de Filosofia y Letras, México, Universidad Nacional Autónoma de México, año XI, 1983, p. 131-151.

¹⁰ Según Merck, Inglaterra no había cobijado ambición alguna sobre Alta California. Merck, op. cit., p. 107.

¹¹ Cfr. vid. Albert K. Weinberg, Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1968. 450 p. (Biblioteca de Historia Paidós).

¹² Dice Henry Nash Smith que desde el periodo colonial, cuando Inglaterra se propuso impedir la expansión de los colonos hacia las tierras del interior, lejos del control del gobierno inglés, la atracción por el oeste estuvo siempre presente. "El interior de Norteamérica era casi una extensión infinita de tierra cultivable capaz de contener una gran población. Era una riqueza potencial en una escala sin precedentes. La atracción magnética de este recurso no tocado interfería con la concepción de un imperio basado en el comercio marítimo que sugirió un visión muy diferente de una populosa sociedad agrícola..." Virgin Land. The American West as a Symbol and Myth, New York, Vintage Books, 1950. 305-[7], p. 6.



propósito de obtener la Alta California: la misión de John Slidell;¹³ una embajada anónima que transportó a California copias de la constitución texana en español, cuyo evidente propósito era animar a los californios a separarse de México; y una comisión más, ésta de carácter "exploratorio y científico", cuyos verdaderos objetivos estudiaremos a continuación.

La misión científica, encabezada por el capitán John C. Frémont del cuerpo de ingenieros y topógrafos del gobierno norteamericano, debía atravesar territorio mexicano hacia el Pacífico estudiando una tierra que otras expediciones habían explorado previamente. En realidad, el propósito de la expedición era encontrar una ruta apropiada para un ferrocarril que llegara a la costa del Pacífico.

Frémont iba al frente de un grupo de sesenta y dos hombres armados, lo que de por sí parecía excesivo para una excursión científica. En un principio actuó sin la autorización del gobierno mexicano; más tarde, cuando las autoridades de México le negaron el permiso para continuar con su misión, se sintió ofendido. En respuesta, el norteamericano y sus hombres se atrincheraron en un montículo e izaron la bandera de las barras y las estrellas, hasta que fuerzas mexicanas se aprestaron a combatirlos. Entonces se retiraron hacia el valle que conduce a Oregon.

En el curso de "la expedición científica" a California, los norteamericanos excitaron a sus habitantes a ocupar la población de Sonoma, a declarar su independencia de México y a proclamar el establecimiento de la "República de la Bandera del Oso". Tras una "vacilación adecuada, Frémont se sumó a ellos, asumió el mando, y partió a conquistar la escasamente poblada zona septentrional de California".¹⁴

Por esos días, llegó la noticia de que los Estados Unidos estaban en guerra con México. Un destacamento naval a las órdenes del comodoro Sloat había sido enviado con anterioridad a las costas de California con instrucciones de bloquear los puertos mexicanos en el momento que comenzara la guerra. Por su parte, las tropas del general Stephen Kearny tenían órdenes de lanzarse sobre California después de consumar la toma de Nuevo México. Robert F. Stockton, sustituto de Sloat en el mando naval, realizó junto con Kearny la conquista de la región. Frémont, cuyas diferencias con Sloat por cuestiones de mando lo mantuvieron al margen de la última campaña, reapareció en el último momento para consumar la conquista de la provincia mexicana. 15

Éstos no son sino algunos de los antecedentes inmediatos a la expansión norteamericana hacia California; en realidad el interés de los Estados Unidos en el oeste data de la época colonial, aunque no fue hasta la primera mitad del siglo XIX que los estadounidenses realizaron el extraordinario avance sobre la

¹³ Cfr. vid.: Bosch, Documentos..., IV.

¹⁴ Merck, op. cit., p. 109.

¹⁵ Véase nota 5, capítulo I.



región. Hacia 1836, la frontera norteamericana llegaba al río Mississippi, aun cuando algunos territorios al occidente de este límite, como Missouri, Arkansas y Louisiana, ya habían sido colonizados; entre esta fecha y 1853 el territorio de los Estados Unidos aumentó su extensión en dos tercios. 16

"El impetuoso movimiento de colonos que se estableció allende las fronteras de los Estados Unidos en los años treinta y cuarenta inspiró a políticos y propagandistas a dirigir la anexión de aquellas áreas que los migrantes estaban ya ocupando". El deseo de expansión y la política instrumentada para realizarla condujo a los Estados Unidos a graves enfrentamientos con Inglaterra y con México; el primer conflicto fue de orden diplomático, el segundo de orden militar. El militar.

En la tercera década del siglo diecinueve, las ambiciones territoriales norteamericanas señalaron hacia el norte y el oeste; se pensó entonces que la nueva dirección del expansionismo apuntaría al Canadá. Los conflictos sobre la frontera entre los Estados Unidos y este país provocaban periódicamente crisis diplomáticas, que mantenían a la región en permanente estado de inquietud. En esa misma década, y en la siguiente, el movimiento traspasó el valle del Mississippi y se dirigió hacia el "lejano oeste" en pos de una nueva frontera situada en la costa del Pacífico. Los conflictos norteamericanos de carácter internacional de los años cuarenta están estrechamente vinculados con esta marcha.

La atracción de los norteamericanos por el oeste era una consigna obsesiva que correspondía a las nuevas circunstancias y ambiciones estadounidenses, pero que traducía la herencia inglesa.¹⁹ De acuerdo con la tesis del doctor Juan Antonio Ortega y Medina, que aquí recogemos, "La herencia histórico religiosa inglesa pasa casi íntegra a las colonias americanas y condiciona la formulación de la tesis misional, política, económica y espiritual [de los estadounidenses]"; ²⁰ los norteamericanos heredan "los elementos conflictivos del diálogo tricenturial [entre Inglaterra y España] y constituyen con ellos una doctrina justificativa de su poder, su superioridad, y de su predestinado imperialismo". ²¹ Los norteamericanos componen, pues, con estos elementos, la doctrina del Destino Manifiesto.

¹⁶ Ana Rosa Suárez Argüello, "La expansión territorial, 1844-1848", en EUA Sintesis de su Historia I, 10 v., México, Instituto Mora-Alianza Editorial, 1988. V. 8, p. 431.

¹⁷ Divine, op. cit., p. 360.

⁸ Idem

¹⁹ Juan Antonio Ortega y Medina, Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raiz teológica, México, SEP, 1972. 162 p. (Sep Setentas, 49), p. 29; por su parte, Reginald Horseman sostiene que, a través de la historia, Europa consideró al occidente como la tierra de la felicidad y "arena de lucha donde se decidiría el futuro de las naciones"; por lotanto, el avance hacia el oeste, era el avance de la civilización sobre la barbarie. Reginald Horseman, La raza y el Destino Manifiesto. Origenes del anglosajonismo racial norteamericano, México, Fondo de Cultura Económica, 1985. 412 p. (Colección Popular, 285), p.120.

²⁰ *Ibid.*, p. 10.

²¹ Idem.



Esta doctrina, profundamente en raizada en latradición puritana, protestante, calvinista, se apoya en el concepto del *calling* o vocación. Supone un "género de vida ordenado e impuesto por Dios a cada hombre y que va encaminado al bien común."²² Esto quiere decir que lo que el hombre hace en este mundo, lo hace en virtud de una vocación, sobre la que Dios derrama sus bendiciones; el éxito en la tierra es una marca visible de la elección de Dios. Por tanto, los fracasados dan muestra de ser réprobos, es decir, son los no elegidos.

De acuerdo con la teología calvinista, "El hombre puritano elegido, el electo, verbigracia el que en cuanto tal, tiene plena confianza (fidencia) de ser elegido; se siente destinado a ser amo del mundo. Con el poder del Señor y por honor y gracia de Dios se juzga predestinado a dominar y pues transformar el mundo."²³ "Esta acción ha de realizarla rechazando los viejos e irracionales métodos ascéticos, y la actitud contemplativa, habrá de efectuarla en el mundo de los negocios y en el seno de la familia."²⁴

El norteamericano del siglo XIX poseía una herencia religiosa que lo dotaba de un ideario absolutamente favorable al expansionismo; estaba seguro de conocer las intenciones del Creador con respecto a todo, ²⁵ tenía confianza en ser "el elegido" y estaba decidido a cumplir la misión que Dios le había encomendado. La expansión era su destino y la política nacional se encaminada hacia su realización. La doctrina que justifica esta "misión", la del "Destino Manifiesto", ²⁶ sostiene, en esencia, que "una nación posee cierto valor social preeminente, una misión especialmente excelsa, y por lo tanto derechos especiales en la aplicación de sus principios morales." ²⁷

- ²² Ibid., p. 90.
- 28 Ibid., p. 94. El subrayado es nuestro.
- 24 Idem
- ²⁵ Weinberg, op. cit., p. 81.
- ²⁶ Ortega y Medina señala que la frase "manifest destiny" llegó a convertirse en un reclamo en 1846, en el debate sobre los límites de Oregon (fifty four° forty' or fight), cuando Robert Winthrop recordó la alusión de Francisco I, y manifestó en la Cámara de Representantes que él se uniría a los abogados del destino manifiesto el día que éstos le mostraran la cláusula del testamento de Adán merced a la cual se les otorgaba el legado. Ortega y Medina, "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones", en Históricas, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, v. 16, p. 19-42, p. 42. La expresión destino manifiesto se hizo famosa cuando John L. O'Sullivan, partidario del movimiento expansionista Young America y editor del influyente diario United States Magazine and Democratic Review, responsabilizó a los gobiernos extranjeros de conspirar contra la anexión de Texas a los Estados Unidos "en un esfuerzo por frustrar la 'realización de nuestro destino manifiesto de extendernos sobre el continente designado por la providencia para el libre desarrollo de nuestros [habitantes] que se multiplican por millones anualmente.' "Divine, op. cit., v. 1, p. 363. Horseman señala que, cuando la frase "Destino Manifiesto" apareció por vez primera no despertó un particular interés, pero que la expresión volvió a usarse en relación con el asunto de Oregon en el periódico de O' Sullivan, The New York Morning News, en diciembre de 1845. Ahí se habló del " 'derecho de nuestro destino manifiesto a difundirnos y a poseer todo el continente que la Providencia nos ha dado para el desarrollo del gran experimento de la libertad y el autogobierno federado que ha sido confiado a nosotros'." Horseman, op. cit., p. 301.
 - Weinberg, op. cit., p. 21.



En el sustrato de la doctrina está el concepto de que Dios favorece el expansionismo norteamericano, idea que proviene de la tradición puritana y que identifica el crecimiento de Norteamérica con el éxito del pueblo elegido por Dios. Significa asimismo la libre expansión del modelo norteamericano de gobierno: la democracia representativa burguesa, lo que es definido por algunos autores como la extensión del área de la libertad. Contiene asimismo la premisa de que el crecimiento de la población requería el crecimiento territorial.²⁸ "En su forma más extrema, el Destino Manifiesto presuponía que algún día los Estados Unidos ocuparían toda Norteamérica y que nada menor apaciguaría a su población hambrienta de tierras."²⁹

Así, la ideología implícita en la doctrina del Destino Manifiesto nos habla de una vocación, de una misión norteamericana de dominación, por ser ellos el pueblo elegido. Implica un destino inapelable de extender la fórmula perfecta de gobierno que poseen, que es la democracia, ya que "los norteamericanos formaban el primer pueblo favorecido por la Providencia con la oportunidad de elegir racionalmente sus formas de gobierno". Paradójicamente, la posibilidad de establecer el dominio estadounidense en México provocó una crisis en el pensamiento norteamericano acerca de la expansión, pues muchos consideraron que las instituciones republicanas de Norteamérica sufrirían fatalmente con la incorporación de sectores no sajones, en este caso mexicanos, incapaces de participar en un gobierno libre 31

El Destino Manifiesto preconiza asimismo el "principio del uso del suelo", según el cual, "la raza blanca tenía mayor derecho a la tierra porque la 'utilizaba de acuerdo con las intenciones del Creador'." 32 Este principio fue aplicado no sólo en las relaciones con los indios, sino en las relaciones con los mexicanos, a quienes consideraban un pueblo ignorante y miserable cuyo destino era el ser dominado. T. J. Farnham, viajero norteamericano, escribió sobre los mexicanos que habitaban las Californias en 1840: "[son] una raza de imbéciles y pusilánimes, incapaces de gobernar los destinos de esa bella región." Nadie que conociera a la indolente y mezclada raza de California, podría creerlos capaces de poblar o, menos aún, gobernar la región; en consecuencia, las razas mezcladas, es decir, indios y mexicanos, debían desaparecer. Existía también el precepto de la predestinación geográfica, que sostenía que "la naturaleza o el orden natural de las cosas fijaba límites

²⁸ Divine, op. cit., p. 363.

²⁹ Idem.

³⁰ Weinberg, op. cit., p. 29.

³¹ El temor a que la República se corrompiera con la incorporación de masas de seres inferiores en la sociedad norteamericana, en calidad de ciudadanos, provocó el surgimiento de grupos opuestos a toda extensión del territorio, pues era ésta la única forma de "mantener una república anglosajona libre".

³² Ibid., p. 80.

³³ Horseman, op. cit., p. 288-289.



naturales a las naciones en general y en particular a los Estados Unidos, la nación signada por un destino especial".³⁴ Adicionalmente, la tesis expansionista de la "proximidad geográfica" sostenía el derecho a anexarse tierras por su contigüidad; ésta condujo al precepto de "hemisferio de interés",³⁵ que con base en un principio geográfico político de seguridad pretendió impedir la intervención de Europa en el hemisferio. Tal forma de concebir no es otra cosa que la Doctrina Monroe.³⁶

Esta doctrina fue expuesta por el presidente James Monroe en un famoso mensaje a la nación en diciembre de 1823.³⁷ En aquel momento, contuvo principios esencialmente defensivos. Su propósito era rechazar la expedición armada de las monarquías europeas que integraban la Santa Alianza para restablecer el dominio español sobre sus antiguas colonias. Expresaba claramente que una intención de esta naturaleza implicaría una actitud hostil hacia los Estados Unidos, que considerarían el hecho como una agresión al

³⁴ Ibid., p. 52.

³⁵ Henry Nash Smith señala que la stempranas visiones de un imperio norteamericano implican dos concepciones de él. Por una parte, existe la noción de un imperio basado en el dominio del mar; por la otra, la idea del imperio de una populosa sociedad que ocupara el continente americano. Ambas concepciones se sustentan en diferentes bases económicas e implican políticas distintas. La idea de acrecentar el comercio mundial fue heredada de los preceptos mercantilistas británicos; por su parte, la de crear nuevos estados en el oeste, depende del crecimiento de la población que resulte de la expansión agrícolas obre un continente vacío y fértil. Esta última visión correspondecon más exactitud al curso del siglo diecinueve. *Op. cit.*, p. 13.

³⁶ Ibid., p. 70.

³⁷ Isidro Fabela considera que la mal llamada Doctrina Monroe no es una doctrina del derecho internacionaly, al igual que otros estudiosos, asigna su paternidad a diversos autores. Isidro Fabela, Las doctrinas Monroe y Drago, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1957. 268 p., p. 9. Señala que la mencionada doctrina fue resultado de las necesidades políticas norteamericanas surgidas a raíz de sus luchas por la independencia y, después de ésta, al establecerse la Unión Americana como Estado soberano. Afirma que, antes que Monroe, otros estadistas ya habían expresado su convicción de que los Estados Unidos debían seguir una política diferente de la europea; que era necesario "establecer una separación entre el Viejo y el Nuevo Mundo y mirar con recelo la posible expansión de las grandes potencias de Europa en las repúblicas de este Hemisferio". Entre los antecedentes de estas ideas cita el proyecto de tratado de alianza entre las colonias anglosajonas y Francia, en el que John Adams colaboró y donde fue explícito el criterio de que el territorio americano no debería ser ocupado por las potencias del viejo continente. Ibid., p. 38-39. El autor considera al testamento político de George Washington (1796) como otro escrito precursor del monroísmo. En él, su autor recomendó como axioma de la política exterior estadounidense el mantenerse al margen de los conflictos europeos, estableciendo una separación entre los dos mundos. Idem.; Carlos Pereyra en su obra El mito de Monroe, Madrid, Editorial América [s. f.]. 472 p. (Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, IV), afirma que el verdadero autor de esta idea fue Hamilton, quien escribió casi todo el texto del documento. Ibid., p. 93. Algunas ideas de Thomas Jefferson anunciaban también el advenimiento de los principios monroístas, particularmente cuando expresaban inquietud acerca de que los Estados Unidos cambiasen de poseedores. Ibid., p. 40. La idea jeffersoniana, "mística y apostólica de la división del mundo civilizado en dos hemisferios, el del despotismo y el de la libertad", el último de los cuales estaba reservado a la supremacía política de los Estados Unidos, auguraba el contenido de la citada doctrina. Ibid., p. 87-104. Asimismo, el mensaje del presidente Madison al congreso del 3 de enero de 1811, solicitando autorización para ocupar la Florida, con o sin el consentimiento de las autoridades españolas, expresaba el temor de que dicho territorio fuera ocupado por otra potencia europea; de la



principio republicano; ³⁸ el comunicado también anunciaba que el Nuevo Mundo estaba cerrado a toda futura colonización europea, lo que —de acuerdo a algunos autores— constituye un principio de anticolonialismo. ³⁹ El mensaje se aplicaba en ese momento a la región noroeste del Pacífico, particularmente donde, de acuerdo con la sensibilidad de los expansionistas, los intereses de los Estados Unidos estaban amenazados por el avance de los británicos y los rusos a lo largo de la costa en dirección a California. A partir de entonces, los órganos gubernamentales se esforzaron en presentar el *leit motiv* de la doctrina en términos de seguridad nacional; en tanto los críticos del monroísmo aseguraban que se trataba de un principio de expansión. ⁴⁰ Los principales opositores de la Doctrina Monroe surgieron en Inglaterra, como era de esperarse, donde se consideró que implicaba "una forma de ataque contra la marcha regular de los asuntos mundiales y la imposición unilateral de un dogma a dos continentes por parte de una potencia que defendía agresivamente sus propios intereses". ⁴¹

En 1845, cuando la extensión de la frontera norteamericana hacia el Pacífico constituía un verdadero imperativo de la política del ejecutivo, el presidente James Polk retomó los principios de la Doctrina Monroe y los virtió en su mensaje al congreso del 2 de diciembre. Polk afirmó que las monarquías europeas se proponían frenar el desarrollo de la república norteamericana e implantar nuevamente su dominio colonial en territorios contiguos a los Estados Unidos. 42 Interpretó tales intromisiones europeas como producto de

misma manera la resolución del parlamento norteamericano del 15 de enero de 1811 advirtió que los Estados Unidos albergarían serios temores si la Florida pasara a manos de otra potencia europea. Fabela, op.cit., p. 44. Éste estima como precedente inmediato del texto del mensaje de Monroe las declaraciones de su secretario de Estado, John Quincy Adams, del 17 de julio de 1823. En ellas, Adams consideró inadmisibles las pretensiones del zar de Rusia de prohibir la navegación y pesca en determinadas zonas del estrecho de Behring, y declaró que los Estados Unidos adoptarían el principio de que el continente americano, en adelante, no estaría sujeto a colonización europea. En un comunicado al plenipotenciario estadounidense en Rusia, Adams, advirtió que. con excepción de los dominios ingleses al norte de los Estados Unidos, el resto del continente americano debería quedar bajo el mando de manos americanas. Ibid., p. 48. Tanto Pereyra como Fabela coinciden en señalar al estadista inglés George Canning como coautor de los principios enarbolados por Monroe. En la carta de aquél a Rush, ministro norteamericano en Londres, fechada en agosto de 1823, propuso que el gobierno de Washington hiciera declaración pública de que Inglaterra y los Estados Unidos consideraban imposible la reconquista de las colonias españolas, que no verían con indiferencia que alguna de ellas pasase a manos de otra potencia o, que otra nación de Europa acariciara proyectos sobre las viejas colonias españolas, para España o a nombre de España. La declaración serviría para externar la desaprobación angloamericana a tales proyectos. Fabela, op. cit.,p. 49-50; Pereyra, op. cit., p. 87-104.

- ³⁸ Cfr. vid. Ángela Moyano Pahissa y Jesús Velasco, EUA. Documentos de su Historia Política I, 10 v., México, Instituto Mora-Alianza Editorial, 1988. V. I, 448 p., p. 392-394.
 - 39 Cfr. vid. Merck, op. cit.
 - 40 Ibid., p. 12.
 - 41 Ibid., p. 160.
- ⁴² James R. Richardson (comp.), Messages and Papers of the Presidents, 11 v., Washington, 1905. IV, p. 398-399.



la envidia que la creciente grandeza de su República despertaba entre los reyes.⁴³

Polk dijo también en aquel mensaje:

Debemos salvaguardar siempre el principio de que los pueblos de este continente tienen derecho a resolver su destino por sí solos. Si una parte cualquiera de ellos, constituida en Estado independiente, resolviera unirse a nuestra confederación, la decisión quedaría exclusivamente librada a ellos y a nosotros, sin interferencia extranjera. Nunca podremos permitir que las potencias europeas obstaculicen semejante unión por temor a que éste perturbe el "equilibrio de poder" que ellas desean mantener en este continente.⁴⁴

De esta manera el gobierno norteamericano delineó con claridad su voluntad política de impedir la intromisión de Europa en los asuntos del hemisferio que, implícitamente, consideraba como propio. La Doctrina Monroe pasaba así de una postura defensiva ante Europa, con la que había surgido, a otra abiertamente agresiva y ligada con sus propósitos expansionistas. La versión que Polk dio del mensaje de Monroe adquirió una importancia cardinalen lapolítica hemisférica norteamericana. En su momento, fue un instrumento ideológico de valor para el expansionismo y con él al hombro se avanzó hacia California.

Desde luego las justificaciones ideológicas no eran el único motor que lanzaba a los norteamericanos al oeste, existían impulsos de otra índole que empujaban su marcha hacia la costa del Pacífico. Entre éstos, las causas políticas tenían un peso específico importante. Destaca, entre ellas, la necesidad de mantener un equilibrio regional entre los estados libres y los estados esclavistas. También se pensó que la lucha por extender los dominios norteamericanos terminaría por diluir las crecientes tensiones entre los dos proyectos socioeconómicos norteamericanos, el agroexportador del sur y el industrial-financiero del norte. En ese sentido, la guerra con México fue vista por muchos políticos norteamericanos como una válvula de escape a la tirantez excesiva con que se estaban dando las relaciones entre ambas regiones.

Algunos autores señalan como una causa más de la expansión norteamericana hacia el oeste la presión de la población, que aumentaba día a día. 45

De los factores económicos que impelieron la marcha norteamericana al poniente, debe subrayarse la extraordinaria atracción que sentían por las tierras vírgenes, adecuadas para el cultivo del algodón y el tabaco, productos

⁴³ Merck, op. cit., p. 17.

⁴⁴ Richardson, op. cit., p. 398-399.

⁴⁵ Suářez, op. cit., p. 432-433.



que se exportaban a Europa y constituían la base de la economía de plantación de los estados sureños. Éstos pretendían ampliar el área de la plantación, basada en cultivos extensivos que requerían de la constante ampliación de las superficies de labor. "De otra manera, el futuro, no sólo de su 'peculiar institución' sino de lo que ellos llamaban su 'civilización', estaba amenazado por el agotamiento del suelo y la rápida multiplicación de la población negra". 46

Aparte de estos poderosos motivos, existían los atractivos de las riquezas minerales, la oportunidad de especular con las tierras adquiridas y la posibilidad de ampliar el comercio, estableciendo una plataforma segura para el intercambio transpacífico.

Asimismo, la industrialización del este fue un factor decisivo en el movimiento de la frontera. La demanda europea de productos agrícolas y la de los estados de la costa oriental norteamericana también determinó el desplazamiento de la *frontier*. ⁴⁷ Al desarrollarse los métodos manufactureros y agrícolas, aumentó el volumen de producción y se intensificó el comercio. Paralelamente, en la década de los cuarenta, vino el perfeccionamiento de los medios de comunicación: el telégrafo y la expansión del transporte ferroviario que ayudaron en forma extraordinaria a la integración del mercado interno. Así, "los expansionistas de la década de los cuarenta vieron claramente la relación entre adquisiciones territoriales y otras formas de crecimiento material y desarrollo". ⁴⁸

En este mismo periodo, la llamada "fiebre del oro" llevó a miles y miles de migrantes hacia California. Llegaban de los propios Estados Unidos, de naciones cercanas o distantes; todos ellos movidos por la ambición que despertó el descubrimiento del preciado metal. "El oro que desentrañaron de la tierra aceleró el desarrollo de la economía norteamericana y la aparición y crecimiento de centros de población en la región del Pacífico". 49

Un factor más que incidió en el avance estadounidense hacia la costa occidental fue la llamada Ruta de Santa Fe, recorrida anualmente por las caravanas comerciales norteamericanas provenientes de Independence, Missouri, con destino a Santa Fe, Nuevo México. La empresa, autorizada por

⁴⁶ Ibid., p. 433; véase también Eugene Genovese, La economia politica de la esclavitud, Barcelona, Editorial Península, 1970; del mismo autor: "Interpretaciones de Marx sobre el Sur esclavista", en B. J. Bernstein et. al., Ensayos inconformistas sobre los Estados Unidos. Hacia un nuevo pasado, Barcelona, Editorial Península, 1976. 368 p. (Historia, Ciencia y Sociedad, 13), p. 101-135.

⁴⁷ Willy Paul Adams et al., Los Estados Unidos de América, 4a. ed., México, Siglo XXI Editores, 1980. 494 p. (Historia Universal Siglo XXI, 30); José Luis Orozco señala que el término de frontier forma parte de la "semántica imperial norteamericana", pues denota "la noción de un nue vo campo, de algo incompleto y desafiante susceptible de llenarse por la voluntad de poder". José Luis Orozco, El testimonio político norteamericano (1890-1980), v. 2, México, SEP/UNAM, 1982. V. 1, p. 5.

⁴⁸ Divine, op. cit., p. 368-369.

⁴⁹ Ibid., p. 168.



el gobierno mexicano para proveer a sus nacionales de aquella apartada provincia de artículos que les eran necesarios, terminó por despertar los apetitos norteamericanos por la región. Algunos años después de la independencia de Texas, una expedición texana, que aparentemente buscaba apoderarse de Nuevo México, llevó a las autoridades mexicanas a la decisión de cortar el comercio a través del camino de Santa Fe.⁵⁰

Del mismo modo, la llamada ruta de Oregon condujo cientos de caravanas de migrantes norteamericanos a la costa oeste en los años cuarenta. La senda atravesaba las grandes llanuras del norte, cruzaba las Rocallosas en South Pass y ahí se bifurcaba en una ruta principal que conducía a Willamette Valley, en Oregon, y en otras rutas alternativas que se dirigían a California. Asimismo, la senda de los mormones, que partía de Nauvoo, Illinois, hacia el oeste hasta alcanzar la ruta de Oregon hasta South Pass, de donde continuaba hacia Salt Lake City, llevó a esos hombres, perseguidos por razones religiosas, a establecer su "Zion" en un territorio que pertenecía a México. 51

Hasta aquí hemos observado cómo las ambiciones norteamericanas sobre California, presentes ya en el periodo colonial, tuvieron que aguardar algunas décadas de vida independiente dando tiempo a la expansión norteamericana hacia regiones más cercanas a su frontera. Empero, en los años cuarenta del siglo xix, el imperativo expasionista exigió el corrimiento de los linderos de los Estados Unidos hasta el litoral del Pacífico. Este proyecto era compartido por amplias capas de la población norteamericana, incluidos, desde luego, los plantadores, los industriales, los especuladores, los granjeros, los empresarios dueños de compañías ferroviarias, los buscadores de fortuna, etcétera, y fue recogido por los partidos políticos estadounidenses —whigs y demócratas— que participaban del apetito por los territorios de Oregon y California y sólo diferían en los métodos para lograr tal propósito.

No obstante la fuerza que adquirió la consigna de la "marcha hacia el oeste" en los años cuarenta, el afán, como hemos visto, tenía viejas raíces en la herencia inglesa y, particularmente, en la tradición protestante puritana que encarnó en la Doctrina del Destino Manifiesto, justificadora del expansionismo en aras de una misión divina. El proyecto de ampliar el territorio estadounidense se mezcló con una serie de concepciones racistas que, desde los años treinta y cuarenta, proliferaron entre amplios sectores norteamericanos; tales

⁵⁰ Ibid., p. 358. Véase el libro de Ángela Moyano, El comercio de Santa Fe y la guerra del 47, México, SEP, 1987. 349 p. (Colección Frontera).

⁵¹ Ibid., p. 360.

⁵² Sir Francis Drake describió a California como "A goodly country and fruitful soyle, stored with many blessing for the use of man" *Cfr. vid.* A. L. Rowsd, *The Expansion of Elizabethan England*", New York, Harper and Row, Publishers, 1955. 620 p., p. 158-205.



ideas aseveraban que las razas inferiores como los indios y los mexicanos retrocederían o desaparecerían ante la presencia anglosajona.⁵³

Las diversas expresiones del Destino Manifiesto que derivaron en la idea del "hemisferio de interés, trazaron las líneas generales de la política exterior norteamericana que, poco a poco, fue expresando su voluntad de excluir los intereses europeos del continente americano, afirmando así su contenido expansionista.

La "marcha hacia el oeste", emprendida bajo la justificación teológica de esa Doctrina del Destino Manifiesto y con la racionalización política de la Doctrina Monroe, obró impulsada por una variada gama de razones económicas poderosas, de motivos geopolíticos, de necesidades de equilibrio de poder, de bases demográficas, de apetitos de riqueza, de intereses comerciales y especulativos y de prejuicios racistas. Su obsesión, lograr la transcontinentalidad, ⁵⁴ se consiguió justamente con la adquisición de Oregon en 1846; y con la anexión de Alta California, en virtud del tratado de Guadalupe Hidalgo, en febrero de 1848. La expansión estadounidense hacia Alta California no respondió a un fenómeno aislado de la historia decimonónica norteamericana, sino que constituye una muestra de la constante expansionista de los Estados Unidos que marcó tan profundamente su desarrollo durante la primera mitad de aquella centuria.

Al revisar esta constante expansionista de la historia de los Estados Unidos, se explica el conjunto de variadas y complejas causas del interés norteamericano por Alta California en la cuarta década del siglo XIX; al mismo tiempo, si sumamos las peculiaridades históricas del periodo, es igualmente factible entender por qué los Estados Unidos parecieron satisfacerse con la anexión de Alta California y dejaron a los mexicanos el dominio de la península sudcaliforniana

⁵⁸ En ese periodo se afirmó, incluso, que Texas serviría de válvula de escape para los negros que cruzarían el Bravo hacia México y Centroamérica, liberando a los caucásicos del fardo del problema negro. Horseman, op. cit., p. 286 ss. Horseman asevera también que aun cuando los Estados Unidos participaron entonces del pensamiento racista de un amplio sector de Occidente, fueron los norteamericanos quienes se pusieron a la cabeza de esta corriente y afirmaron las diferencias raciales innatas, y la gran distancia entre ellos y otras razas del hemisferio americano. Incluso desarrollaron políticas basadas en el supuesto de tales diferencias raciales, mucho antes de que se construyera la base científica que sustentó el racismo. Los científicos norteamericanos aportaron las pruebas que la sociedad deseaba para justificar la separación racial. Hacia 1850 esas ideas llevaron a pensar que el futuro del continente americano y del mundo estaba en función de la dominación blanca. Ibid., p. 220.

⁵⁴ Cfr. vid. Carlos Bosch, La base de la política exterior estadounidense, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Intituto de Investigaciones Históricas, 1986. 114 p. (Serie de Historia General, 13).

